

TANGOS A MARÍA

Para Canto y Piano – opus 122 – Rodolfo Daluisio (2002)

I

El bien que mereciste

María,
diste el sí de tu pureza
al ángel luminoso
enviado hasta tu gracia.
Y en el vientre: tu Hijo
concebido de cielo.

Junto al hombre sereno,
pensativo y despierto,
que te sabe esperar.

Por esa inteligencia
del sencillo querer,
José es la cortesía
que sin ver, ama.

Con ese niño en brazos,
y el drama señalado de la persecución,
huir,
sin olvidar la estrella,
y retornar
a la humildad casera,
hasta el secreto pan de Nazareth.

María,
con el sí de tu pureza
el bien que mereciste
fue dar un Rey al mundo.
En la estirpe del cielo
eres Madre feliz.



II

Dos dolores

Un patio de penumbras,
y solo, en la traición, Jesús.
El estrado insensible
condena
con fraude y desamor.

Y la insidia,
de no saber quién es
aquel que la injusticia lo despojó,
se aturde en la tormenta de la muerte.

Él se acuerda de su casa,
del amor de su Madre,
y golpean el alma dos dolores:
el de Ella, María,
que sabe de su alto ideal;
y amor el de los suyos,
que hicieron juramento,
y luego los dispersa
el miedo de la cruz.

Un reo incomprendido,
que sube hasta la llaga, Jesús.
Testimonio viviente,
la ofrenda
del Hijo redentor.

La inocencia
viene a decir quién fue
aquel, que con la muerte, llevó el dolor
al fuego del altar de lo sagrado.



III

Un umbral queda abierto

Volver,
a ser aquella gloria que antes fuera.
Volver,
a restaurar la herida,
a fuerza de dar todo,
por el simple heroísmo
de no pedir, Jesús, sino el amor.

En la prisión del alma
un umbral
queda abierto para siempre.

Ayer,
cuando María, la Madre,
gana el mundo de los hijos
al pié del sacrificio,
levanta un trono a la piedad,
que los cobija a todos.

Y más allá de la pena
la Madre generosa
convive el Paraíso
como su propia casa.

Volver,
al canto universal de estar unidos.
Volver,
y hablar un mismo idioma
a fuerza de coraje,
por el simple cariño
de despertar, Jesús, a tu perdón.

En la pasión del hombre
una cruz
va segura hasta su cielo.

